

A la Vall d'Aro, prop de Ridaura.
Lluny de la Platja, vora d'uns pins.
Hi ha la Roseta, que és la pubilla
Única filla del Mas Campins.

Lluny de Ridaura, vora la Platja.
A la planúria, sota Fanals.
Hi viu En Cinto de Cà la Quima
Hereu i amo del Mas Joanals.

Cada diumenge hi ha ball de tarda.
Cada diumenge es troben al ball.
Ballen i riuen, tots dos rumbejen,
I són l'enveja d'aquesta Vall.

La mare d'ella, que tot ho observa,
Diu «això noia va de debó»
Té una gran horta, té quatre quartos,
Es jove, guapo i treballadó.

I he vist que ronda al voltant de casa
Mira si et troba, i mira el nostre hort.
Si pots pescar-lo, noia no badis,
Noia no badis, que faràs sort.

I aquella tarda, va dir la noia
—M'ha dit En Cinto que per demà
Vindrà a cà nostra a parlar amb el pare
Per un assumpte que han d'arreglar.

—Veus, me'n alegro, va dir la mare.
Ja m'ho semblava. Va de debó.

—Ai, mare meva, diu la Roseta
Ai mare meva, no hi dongueu vols.
Vol venir a casa per veure al pare
I demanar-li planter de cols.

OVER.

A quien corresponda

Educa a los niños y no tendrás
que castigar a los hombres.

PITÁGORAS

Estando convaleciente de la gripe presencié un hecho del cual había sido espectador más de una vez, pero que no me había parado a meditar la importancia de tal acto.

Paróse delante de un céntrico establecimiento un coche de turismo de matrícula belga, del cual descendieron dos señoras acompañadas de sus respectivos maridos.

Ya antes de apearse, viéronse rodeados materialmente por unos cuatro o cinco chiquillos de no más de cinco años, capitaneados por el ya célebre,.... ¿quién de ustedes no lo conoce?, pidiendo con la mano extendida, cual mendigos consumados, «un tempi». Solo faltaba añadiesen «por el amor de Dios».

No dudo que movidos por la lástima, diéronles no solo unos céntimos, sino unos cuantos caramelos. ¡Solo faltaba esto! Aquellos turistas, sin reparar siquiera en las gracias de nuestro incomparable Paseo, metiéronse de nuevo en su coche, rumbo Palamós, ya que paso que daban, paso que se veían acosados por aquella chiquillería pidiendo «un tempi».

Este suceso tiene, a mi humilde punto de vista, dos grandes aspectos sobre los que meditar largamente. En primer lugar, tenemos que resaltar que está terminantemente prohibida la mendicidad. Me consta que el pasado verano se dictaron órdenes muy severas sobre los mendigos que se estacionaban en lugares públicos y en todos aquellos sitios en que el turismo tiene un lugar destacado en el ambiente ciudadano. Si queremos que en nuestra ciudad aumente el turismo, o cuando menos que no disminuya, debemos desterrar lejos de nosotros hechos de tal índole.

Finalmente, veamos el aspecto más grave de la cuestión que nos ocupa. Téngase en cuenta que tal hecho sucedía alrededor de las cuatro de la tarde, hora en que deberían estar en la escuela. Hay una disposición muy enérgica y tajante dictada por el Ministerio de Educación Nacional, pero que parecen no conocerla más que una escasa minoría. Es de que todos los padres están obligados a mandar a sus hijos a la escuela hasta la edad 14 años.

Si los niños debido a su escaso o nulo criterio no asisten a las clases, es castigando a los padres con lo que se tiene que recurrir una vez castigado el hijo, si éste reincide. Si los padres son unos irresponsables, o no existen, son nuestras Autoridades las que deben dictar las oportunas órdenes para que se cumpla la ley que en buena hora se dictó.

Pensemos en aquella sentencia de Juobert «Toda vida es una responsabilidad y somos culpables no solo del mal que hacemos, sino del bien que no hacemos».

En la escuela se enseña el amor a la Patria, Religión, cultura y educación. Es decir, todo aquello que en el transcurso del tiempo hace un hombre honrado y consciente de su misión en la vida. Al revés deambulando por las calles solo conduce a la holgazanería, a los deseos de vivir a expensas del prójimo y esto la mayoría de las veces conduce a un lugar tristemente célebre: la cárcel.

No debe importarnos en que tales sucesos den de reir a unos cuantos señores que, por suerte, son los menos. Que aquellos, a los cuales está de su mano el dictar la providencia necesaria, corten por lo sano lo que, sin duda en un futuro, deberíamos lamentar en peor forma. Más aún, teniendo en cuenta que la maldad no ha invadido todavía los pobres corazones de esos chiquillos que deambulan errantes por nuestras calles.

«Tratar de hacer algo, y fracasar siempre, es infinitamente mejor que tratar de no hacer nada y triunfar».

RODIN

EPOCAS Y HOMBRES

Por L. D'ANDRAITX

«Solo valoramos y comprendemos en los demás aquello que ya llevamos dentro de nosotros mismos». — M.^a T. P.

En el libro «EPOCAS Y HOMBRES» de M.^a Teresa Prats de Laplace, se estudian, principalmente, la Grecia de Pericles y el Renacimiento en Europa, no como temas o épocas aislados, sino con sus influjos e influencias de anteriores y venideras culturas.

Pese a la larga lista bibliográfica, —65 obras—, buceo, concurso o ayuda, que no ha querido regatearnos la autora, su paseo por casi veinte siglos de Historia no es envarado ni pedante. La lectura del libro es fácil, amena y provechosa.

Si en cuanto a los datos históricos es difícil, hoy, aportar novedades, como no sea gracias al parto arqueológico de una ignorada tumba o a la autopsia de un secular y auténtico ratón devorador de archivos, la forma de exposición, la gracia o agudeza de las frases puede suscitar nuevos intereses y dar nuevas visiones de un acontecer o de unos hombres.

A nuestra opinión, ese paseo del alma, que ha sido para M.^a T. Prats el escribir su libro,— como ella misma nos advierte en su prólogo—, lo sigue también el lector, sugestionado por certeras pinceladas y calzado con botas de siete leguas.

Son las páginas de «EPOCAS Y HOMBRES» un correr a través de los años, un correr amable e infantil con todas las mejores cualidades de la infancia, capacidad de maravillarse y una acendrada fe en las esperanzas.

No quisiéramos que nadie creyese que motejamos a la obra de pueril. No; de ninguna manera, sino todo lo contrario.

Es una obra pensada, trabajada, madura, en la que aflora a cada paso el ingenio de su autor y su vasta cultura.

No es el libro que nos ocupa una pura enumeración de hechos históricos ni un esbozo biográfico de los hombres encuadrados en cada período. Es un estudio humano de la relación «causa-efecto» en el gran crisol de la Cultura Universal.

Estudio, repetimos, hecho con toda la gracia de una pureza milagrosamente infantil; con los sentidos propicios a todas las maravillas, incólume la

fe en todas las promesas y en el logre y la espera del fruto cierto que ha de dar la flor, a despecho de malos hierbajos y cizañas.

Y ese es, a nuestro entender, el mayor valor del libro.

Son corrientes las erudiciones grises o amargas que inundan nuestro ánimo de plúmbea pesadez; por contra, los capítulos de «EPOCAS Y HOMBRES» nos regalan un par de sutiles alas para volar sin rencores desde el AYER al HOY y rozar con confianza nuestro próximo MAÑANA.

A GUISA DE INTROITO

SIN ánimo ni intención de establecer la menor referencia personal y, por ende, molestar a nadie; cumpliendo solo con el deber que en este caso, como en todos, no ceja de imponernos la lealtad hacia los intereses ciudadanos; prescindiendo, como reafirmamos, de las personas que puedan tener a su cargo las misiones que van a ser blanco y objeto de la buena, sanísima intención que guía nuestra crítica, personas que, tanto por habernos distinguido demostrando que sabían entenderla, como en aras de la mejor amistad, cúmplenos reiterarles nuestra consideración y respeto; así como y, finalmente, en méritos del libre diálogo que, cuando cordial y efusivo, ha de ser tolerado al tratarse de temas y hechos que afectan a la cosa pública.

INAUGURAMOS hoy, con estas líneas a guisa de preámbulo, la publicación sucesiva de una serie de artículos dedicados a cómo debe ser nuestro comportamiento frente a la realidad turística que nadie ignora y muchos olvidan.

NADA mejor para ello, que ir sacando a colación los múltiples y diversos apartados de la Orden Circular, tajante y definitiva, que la primera Autoridad provincial dictó con el expreso deseo de que fuera obedecida, en aras y con la intención de lograr para el turismo las bases que, por gratuitas, inmediatas, tiene derecho a reclamarnos.

ORDENAR, o simplemente adecentar la ciudad, no es tarea de cientos ni millones y, por tanto, función amiga y asequible a todos los presupuestos. Es menester únicamente de que exista la vocación de quitar el polvo en la cosa pública, como acicala su hogar cualquier mujer hacendosa.

MAXIMO cuando sabe que al compare-

cerle los forasteros que ella misma invitó —forasteros de pago, por añadidura, en nuestro caso— van a sacarle conclusión del estado y cultura de la familia según sea el orden o desconcierto, el abandono o la decadencia que impere en las cosas de su casa.

SOLO los tontos pueden creer que el turista lo sea. Y quien no sea tonto ni ciego, verá por la ciudad muchas cosas de mal gusto, impropias de una cultura que llevamos por delante.

MUCHAS son, en su reverso, y excelentes, las noticias que nos llegan: 18.000 suizos —dice la Oficina Española de Turismo de Zurich— visitaron España en el pasado año. El doble, según sus cálculos, lo harán en el presente. Forman ya legión —nos dice Londres— los ingleses que este año, de junio a octubre, visitarán la Costa Brava. Incluso la Oficina de Estocolmo, ante las peticiones que a diario recibe, costea por su cuenta unos folletos explicativos de nuestras playas con el fin de abreviar sus múltiples informaciones.

CUANDO todos trabajan para nosotros y en todos los confines se proclaman a diario las excelencias de esta Costa, nosotros, tranquilos, por no decir desagradecidos, continuamos sin dar una en esa porción de cosas de muy fácil arreglo.

ESTE verano, pues, si nada lo impide, desfilarán por la ciudad las más diversas nacionalidades, gentes de pro en las mejores culturas.

ES por ello que no quisiéramos ver a la ciudad sumida en tantos y mayúsculos olvidos. Que no se diga, por lo menos, que nosotros, a tiempo, no lo hemos advertido.

